

Biodiversidad

En la reciente presentación del Informe de la Agencia Europea de Medio Ambiente, Señales Vitales 2002, su director Jiménez Beltrán, que acaba de dejar el cargo después de ocho años de trabajo intenso y riguroso, señaló las dificultades para analizar con cierta precisión las consecuencias directas en la biodiversidad (flora y fauna) de los diferentes impactos ambientales, con especial atención a la energía y a la creciente ocupación del territorio. Algunos países como Holanda, señaló, han declarado una moratoria de hecho porque el territorio no da más de sí. Algo parecido ocurrirá muy pronto en Alemania. El Consejo informal de ministros de medio ambiente, que a finales de mayo se celebró en Palma de Mallorca, también abundó en este problema.

¿Cómo podrá resistir la fauna en un territorio cada vez más construido (sellado, dicen los expertos) y fragmentado por infraestructuras de todo tipo? Ya no se trata de hacer la crítica fácil contra tal o cual carretera, embalse o urbanización, sino de encontrar alternativas que, a la vez, satisfagan nuestras necesidades de manera razonable y preserven la riqueza vegetal y animal. ¿Es realmente posible la cuadratura de este complicado círculo?

A estas dificultades se añaden otras de carácter histórico, pues concretamente en relación con la fauna ha habido una tardanza suicida en la puesta al día de los datos científicos y sobre todo en la creación de una conciencia social sobre su importancia. Prácticamente hasta la década de los setenta del pasado siglo no se empezó a hablar de especies en peligro de extinción y los planes de recuperación (águila imperial, lince, oso, etc.) son aún más recientes. Hasta entonces, casi todos estos animales que hoy están a punto de extinguirse, eran considerados como alimañas e incluso se incentivaba económicamente su caza y captura. A tanto la pieza. Osos, linces, rapaces y sobre todo lobos, la especie animal más odiada por el hombre a lo largo de los siglos. Ahora gastamos millones de euros para recuperar con resultados más que dudosos lo que malgastamos con absoluta frivolidad.

Mientras a principios del siglo xx se pusieron en marcha medidas inteligentes para proteger determinados espacios naturales, no ha habido ese empeño en relación con la fauna, salvo en el caso de determinadas especies cinegéticas, como el rebeco, la cabra hispánica o el bucardo, ya extinguido por desgracia. Esa función tenían los Cotos Reales creados en 1905 por Alfonso XIII, y no estaría de más, por cierto, en plena celebración del centenario de su nacimiento, recordar la dimensión conser-

vacionista de este monarca que apoyó también con entusiasmo la creación de los Parques Nacionales.

¿Por qué la comunidad científica no fue más previsora antes de que los ecologistas de nuestros días comenzaran a llamar la atención sobre este asunto? Cuesta trabajo entenderlo, la verdad. Desde mediados del siglo xix, los científicos realizaron estudios geográficos, geológicos, botánicos, limnológicos, etc.,

“LA FAUNA TIENE CADA DÍA MAYORES DIFICULTADES PARA HABITAR UN TERRITORIO FRAGMENTADO, COMPARTIMENTADO Y CONTAMINADO”

pero la fauna fue la gran olvidada. Nadie sabía qué teníamos ni qué estaba a punto de desaparecer. Nadie lo sabía y, lo que es más grave aún, a muy pocos parecía importarles. Hoy sabemos mucho más, por supuesto, pero no lo suficiente.

En los años treinta se dijo que el águila imperial apenas andaba ya por Doñana y algunos naturalistas advirtieron de la necesidad de proteger la fauna en su conjunto, sin discriminaciones, pero fueron pocos y sus voces no fueron escuchadas. Luego, en los cincuenta, con la creación de la Sociedad Espa-

ñola de Ornitología (1954), se dio un paso decisivo en relación con la avifauna. Pero no será hasta los setenta, como decía, cuando de verdad existe un planteamiento serio y global al respecto. El urogallo fue la primera especie que mereció la atención de los ecologistas y de algunos biólogos que compartían complicidades. Luego el oso, el lobo... En los ochenta se ponen en marcha varios planes de protección y recuperación apoyados por la Administración y por la Unión Europea. Ahora bien, ninguno de esos planes ha logrado exi-

tos palpables, entre otras razones porque la fauna tiene cada día mayores dificultades para habitar un territorio fragmentado, compartimentado y contaminado. En el mejor de los casos han logrado frenarse tendencias negativas en determinadas poblaciones, pero salvar, lo que se dice salvar, poca cosa. Fueron mucho más eficaces los alimañeros.



VIRIDIS